

Así es uno de los mejores poemas del libro. Hay otros en esta tercera parte dignos de citarse, tanto por la estructura, la fuerza y el hálito que los ilumina.

En la parte «Las banderas sedientas», nos encontramos ante otro bellissimo canto «Yo vivo para un tiempo» dedicado al poeta Juan Negro. Es en este poema donde Sabella luce su dominio lírico, y es donde azula su voz llena de esperanza por un futuro benigno, humano y justo.

Saludamos a Andrés Sabella como al poeta que vive en el corazón de su tiempo, al poeta que ama la poesía y levanta su voz combatiente como un himno a los días mejores y años más dignos de vivir.—FRANCISCO SANTANA.

■ <https://doi.org/10.29393/At184-13VALD10013>

VERDE Y AZUL, por *Eduardo Luquin*.—La Haye (Pays-Pas) 1939.
Oficinas Gráficas «Halcyon»

Este breve y hermoso libro de Eduardo Luquin, hace pensar en el caso de un hombre que viaja sin un propósito determinado, y que absorto en sus meditaciones, es solicitado de pronto por la realidad que penetra en su espíritu como un rayo de luz exterior para iluminar su interna soledad. Y entonces como el mismo lo dice, «su espíritu es la tela del paisajista» que capta los matices del color, y la emoción humana que anima su visión.

No es Luquin un descriptor objetivo de la naturaleza. Es más bien una antena que recibe e interpreta con sutil percepción las vibraciones de la realidad circundante. Su impresión no estalla hacia afuera como torrente de emocionadas imágenes, sino, que las vierte en el tamiz de su sensibilidad para reflejarlas después, en poéticas disquisiciones en las que la naturaleza tiene también un alma humana para sufrir y para gozar. Pero en esta antropomorfosis del paisaje hay finura psicológica, curiosa y originales atisbos que reflejan estados de alma, identificados con el

alma de la naturaleza, en un bello afán de sorprender sus secretos más recónditos. A veces con apasionado encendimiento, otras, con una tristeza sutilmente diluida como un vago perfume que nunca trasciende para dejarnos saturados, sino que por el contrario nos roza levemente. Y es que jamás el autor deja que su vaso emocional se desborde. Quisiéramos a ratos arrancarlo de esta medida que se impone y ver un poco de desorden y de maleza en esta prosa perfecta en que nada falta ni sobra y en la que precisamente si algo hace falta es un poco de imperfección, de esa imperfección que es la condición congénita en el hombre.

Luquin, nos da en esencia su tesoro artístico, en esta sinfonía en Verde y Azul, en la que seguramente el verde debe ser la naturaleza, y el azul, el ensueño del hombre que la interpreta, sin olvidar que un día seremos parte del polvo que levanta el viento del camino, o parte del tronco de un árbol entre cuyo follaje se han refugiado los pájaros para ponerle un alma musical.

En estas páginas, Luquin se nos muestra como un poeta de la más alta calidad. Así por la belleza de su estilo, como por la delicadeza y finura de su temperamento. Hay en su arte una aristocrática elevación que no se deja seducir por recursos efectistas para tocar la sensibilidad del lector. Y no obstante, por ese milagro que sólo puede realizar el talento, estas Estampas, o momentos emocionales, están escritos con gran sencillez, pero sí con una belleza estética que jamás se contamina con lo grosero a pesar de su directo contacto con la tierra, contacto que por el contrario le sirve para ennoblecerla y dignificarla.

No creemos que al autor lo obsesione o lo domine un espíritu de investigación, sino el de traducir en artística expresión, el sentimiento oculto que gravita sobre todas las cosas que nos rodean. Esto se advierte en muchas ocasiones en Luquin cuando interpreta a su manera el paisaje en la forma personal que lo caracteriza:

«Esta mañana la resequedad de la tierra agrava mi soledad hasta el punto en que el más delgado hilo de agua que se eleva

junto a mi, me turba y me conmueve. Bajo la densa luz solar, brota la transparente linfa, tímidamente, como pienso que deben brotar los ojos de agua en el desierto. Produce al caer sobre el pasto, un rumor de hojas secas que se quiebran y se adivina en el corazón de la tierra el tardo movimiento de la germinación».

La emoción de la naturaleza pasa aquí a través del sentimiento del hombre que piensa y oye latir su corazón. No es la pagana actitud del hombre que se embriaga y goza únicamente para sí, la exaltación que lo sacude. En esta forma la impresión es más honda en su significado y en su trascendencia humana. Y admiremos ahora toda la esencia poética de estas dos líneas:

«Amanecer: Concierto de campanas en la ciudad y de canarios en los patios, sobre la frescura de las macetas».

Admirable poder de síntesis que no excluye los matices sentimentales ni la gama de sugerencias y colorido. Así en la gracia fina de esta estampa pueblerina, dignificada por el arte:

«¿Fanatismo? Sin duda; pero que grandes virtudes delatan la heroica conducta. A mi me pareció grande y ejemplar la fe de la preciosa muchacha de veinte años aproximadamente, que iba a pie y descalza por el polvoroso camino que conduce a Zapopan—población situada a tres leguas de Guadalajara—a «pagar una manda» bajo el sol del mediodía, junto a un hombre que la cubría con una sombrilla. La planta de sus pies menudos dejaban sobre el polvo del camino una huella apenas perceptible. Se hubiera creído una cración en marcha».

Un bello libro que tendrá vida permanente y que honra la literatura de un país.—LUIS DURAND.



LATITUD, por *Luis Merino Reyes*.—Editorial Nascimento.
Santiago. 1940

Desde que publicó su primera obra «*Islas de música*», 1936, hemos seguido de cerca la producción poética de Merino